

Annuario Sancti Iacobi, 13 (2026), pp. 381-404.
e-ISSN: 3101-5816

Testimonios de los peregrinos del pasado

TESTIMONIES FROM PILGRIMS OF THE PAST

ADELINE RUCQUOI
CNRS (Paris), Archicofradía

Testimonios de los peregrinos del pasado

Adeline Rucquoi
CNRS (Paris), Archicofradía

Recibido: 26/12/2025

RESUMEN: Al volver de su peregrinación a Santiago de Compostela, muchos peregrinos evocan, oralmente o por escrito, su “experiencia” del Camino. Antropólogos, sociólogos y geógrafos interrogan los peregrinos contemporáneos, analizan sus discursos, estudian su presencia en las redes sociales y las imágenes que comparten en esas mismas redes, y con ello elaboran estadísticas. Las “experiencias” de los peregrinos del pasado resultan mucho más difíciles de apreciar. En relación con los miles y miles de peregrinos que acudieron a la tumba del apóstol Santiago, los que han dejado una huella personal o un testimonio escrito son una ínfima minoría. Pero a través de esos testimonios, se revelan criterios, opiniones y sentimientos que no son tan ajenos a los actuales.

Palabras clave: cristianismo, Historia, peregrinación, peregrino, Santiago de Compostela

Códigos UNESCO: Religión (5101.10), Historia de las religiones (5506.21), Sociología de la religión (6301.10)

TESTIMONIES FROM PILGRIMS OF THE PAST

ABSTRACT: Upon returning from their pilgrimage to Santiago de Compostela, many pilgrims recount their “experience” of the Camino, either orally or in writing. Anthropologists, sociologists and geographers interview contemporary pilgrims, analyse their discourse, study their presence on social media and the images they share on those

same networks, and use this information to compile statistics. The “experiences” of pilgrims from the past are much more difficult to assess. Of the thousands upon thousands of pilgrims who visited the tomb of St James the Apostle, only a tiny minority left a personal mark or written testimony. But these testimonies reveal criteria, opinions and feelings that are not so different from those of today.

Keywords: christianism, History, pilgrimage, pilgrim, Saint James of Compostela

INTRODUCCIÓN

Al volver de su peregrinación a Santiago de Compostela, muchos peregrinos evocan su “experiencia” del Camino. ¿Qué entendemos, pues, por “experiencia”? El diccionario de la Real Academia define la palabra como “Hecho de haber sentido, conocido o presenciado alguien algo”, como “Conocimiento de la vida adquirido por las circunstancias o situaciones vividas” y también como “Circunstancia o acontecimiento vivido por una persona”. Etimológicamente, *experientia* en latín significa intento, prueba, práctica, y tiene la misma raíz que *periculum*, o sea riesgo, peligro, y que *peritus*, hábil, perito, experto. Con razón, pues, los peregrinos consideran haber vivido una “experiencia”, que incluye tanto el camino recorrido para llegar a la meta como el alcance final de ésta.

Antropólogos, sociólogos y geógrafos interrogan a los peregrinos contemporáneos, analizan sus discursos, estudian su presencia en las redes sociales y las imágenes que comparten en esas mismas redes, y con ello elaboran estadísticas¹. Los periodistas se contentan a menudo con ciertos “testimonios”, escogidos por su originalidad o porque se corresponden con la opinión que ya tenían al iniciar su investigación. El peregrino debe expresarse, dar a conocer su “experiencia” personal. Y la vida de cada uno se hace pública en escritos o redes sociales.

Las experiencias de los peregrinos del pasado resultan mucho más difíciles de apreciar. En relación con los miles y miles de peregrinos que acudieron

¹ OVIEDO TORRÓ, Lluís *et al.*, “Rise of pilgrims on the Camino to Santiago: sign of change or religious revival?”, *Review of Religious Research*, 56/3, 2014, pp. 433-442; HETHERINGTON, Kate, “The Camino de Santiago and Wellbeing: an Interpretative Phenomenological Analysis of the Pilgrimage Experiences of Australian Women”, en Heather A. WARFIELD & Kate HETHERINGTON (eds.), *Pilgrimage as Transformative Process: the movement from fractured to integrated*, Leide, Brill, 2018, pp. 65-76; KURRAT, Christian, “Biographical Motivations of Pilgrims on the Camino de Santiago”, *The international journal of religious tourism and pilgrimage*, 7/2, 2019, pp. 11-18.

a la tumba del apóstol Santiago, los que han dejado una huella personal o un testimonio escrito son una ínfima minoría. Los peregrinos de los primeros siglos de la peregrinación no dejaron un relato personal de su viaje. A través de testimonios indirectos, podemos solamente vislumbrar el o los motivos que impulsaron a un hombre, una mujer, un grupo de personas a dejar su casa, su parroquia, su país para emprender la ruta hacia un santuario lejano.

Parafraseando el Evangelio (Mt. 15, 31), el rey Alfonso III, en el 906, no dudó en escribir a los canónigos de San Martín de Tours que, en la tumba apostólica, “se hacen pedazos los demonios, se devuelve la luz a los ciegos, el andar a los cojos, el oído a los sordos, la palabra a los mudos”². Y de hecho, el anónimo peregrino alemán que emprendió camino hacia los grandes santuarios de su época en la tercera década del siglo X buscaba la curación de sus múltiples enfermedades. Contó que había recobrado la vista en Santiago³.

Sin embargo, en los siglos siguientes la curación de las enfermedades físicas no fue el papel preferente atribuido a Santiago. Los sermones del libro I del *Codex Calixtinus* y los veintidós milagros que siguen en el libro II presentaron al apóstol como a un “pescador de hombres”, un sanador del alma más que del cuerpo. Son el mercader italiano al que Santiago borra los pecados, el joven suicida de Lyon que gracias a su intervención escapa del infierno, aquellos que cayeron al mar y a los que salva de la muerte, o el caballero que se ve libre de los demonios que lo atormentaban. Tan sólo encontramos dos curaciones físicas, una por medio de la aplicación de una concha, y la otra operada por el mismo apóstol en su iglesia en favor del borgoñón Guiberto que tenía paralizados los miembros⁴.

“Visitar” al Apóstol para “orar” es indudablemente el motivo más frecuente aludido por los peregrinos de los siglos X, XI y XII⁵. El sermón *Adest nobis, dilectissimi fratres*, que glosa en el *Codex Calixtinus* el martirio del Apóstol y evoca la afluencia de peregrinos procedentes del mundo entero, describe

² HENRIET, Patrick, “La lettre d’Alphonse III, *rex Hispaniae*, aux chanoines de Saint-Martin de Tours (906)”, *Retour aux sources. Textes, études et documents d’histoire médiévale offerts à Michel Parisse*, Paris, Picard, 2004, pp. 155-166.

³ HERBERS, Klaus, “El primer peregrino ultrapirenáico a Compostela a comienzos del siglo X y las relaciones de la monarquía asturiana con Alemania del Sur”, *Compostellanum*, 36, 1991, pp. 255-264.

⁴ SANTOS NOIA, Manuel & HERBERS, Klaus (eds.), *Liber Sancti Iacobi – Codex Calixtinus*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999, lib. II, milagros 2, 17, 7, 8, 9, 16, 12 y 21.

⁵ VÁZQUEZ DE PARGA, Luis, LACARRA, José M^a & URÍA RÍU, Juan, *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*, 3 vols., Madrid, 1948, reed. facsímil: Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, vol. I, pp. 44-51.

la muchedumbre de diversas gentes que, oyendo a diario de la fama de su nombre, ve y oye sus innumerables milagros y con arrepentimiento de las culpas acude por su amor a su basílica en Galicia para orar, y con puro corazón y buenas obras torna a Dios redentor, permanecerá sin duda con él eternamente en los cielos⁶.

Los motivos que impulsan al peregrino a ir a Santiago son pues el amor al apóstol y “para orar”, y de ello da testimonio la documentación. En el año 927, el rey Sancho de Galicia evocó la peregrinación de su tío Fruela a Compostela *causa orationis*⁷. Cuando el obispo de Le Puy, Godescalco, fue a Santiago con una gran comitiva en el invierno 950-951, lo hizo *gratia orandi*, para venerar las reliquias del hijo de Zebedeo⁸. Tres décadas después, el santo monje armenio Simeón salió de Jerusalén para “visitar los cuerpos de los santos” –*ad sanctorum corpora visitanda*– y rezó en la iglesia de Santiago⁹. En febrero de 1124 el conde Geoffroy de Grisegonelle se encaminó hacia Galicia¹⁰. En 1137, el duque de Aquitania Guillermo X acudió al santuario *causa orationis profectus* y murió en Santiago¹¹. Poco después el inglés San Godric de Finchale fue a Santiago para orar¹². En 1207, el conde de Vendôme Juan II quien había favorecido la creación de un hospital de peregrinos en su ciudad fue a Santiago *causa peregrinationis*, y falleció durante su viaje.

La devoción siguió siendo una de las motivaciones más habituales en los peregrinos. En el siglo XIII, el bienaventurado Facio de Cremona hizo dieciocho

386

⁶ MORALES, Abelardo, TORRES, Casimiro & FEO, Julio (eds.), *Liber Sancti Iacobi – Codex Calixtinus*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 2014, lib. I, cap. VII, p. 101.

⁷ LUCAS ÁLVAREZ, Manuel (ed.), *Tumbo A de la catedral de Santiago*, Santiago de Compostela, Cabildo de la SAMI Catedral : Seminario de Estudos Galegos, 1998, doc. nº 51, pp. 128-129.

⁸ Paris, B.N., Ms. Lat. 2855. Prólogo en DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C., *Libros y librerías en la Rioja altomedieval*, 2ª ed., Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991, pp. 279-281.

⁹ *Acta Sanctorum, Julii*, t. VI, Anvers, 1729, pp. 319-337: “De S. Simeone monacho et eremita”; p. 331.

¹⁰ MÉTAIS, Abbé Ch, *Cartulaire de l'Abbaye de la Trinité de Vendôme*, t. III, Paris, 1895, nº DCL, pp. 24-25 (1207); y t. II, Paris, 1894, nº CCCXLVII, p. 232-233 (1234).

¹¹ *Sigeberti Auctarium Laudunense*, ann. 1137, MGH SS VI, p. 446. Orderico Vital, sin embargo, en su *Historia Ecclesiastica*, aclara que fue *poenitentia motus* lo que llevó al duque a acudir a Santiago para conseguir el perdón por sus acciones en Normandía (Migne, *Patrologia Latina*, vol. 188, c. 955).

¹² *Libellus de vita et miraculis Sancti Godrici*, ed. por J. STEVENSON, Surtees Society xx, London, 1847, p. 34, cit. por STORRS, Constance Mary, *Jacobean Pilgrims from England to St. James of Compostella from the Early Twelfth to the Late Fifteenth Century*, Santiago de Compostela, 1994, pp. 55-56.

veces la peregrinación hasta Galicia¹³. En 1264, el mallorquín Raimundo Lulio visitó los santuarios de Rocamadour y de Compostela *causa Dominum exorandi*. Con “gran devoción” y a pié llegó la reina de Portugal, santa Isabel, en 1325 a Santiago. En 1342 santa Brígida de Suecia, emulando los pasos de sus padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos, se encaminó hacia Santiago, abandonando, según las Actas del proceso de canonización, “el hogar y la familia, siguiendo el ejemplo de Abrahán”¹⁴. Las crónicas cuentan que en 1386, año jubilar, Juan de Gante, esposo de Constanza de Castilla, hizo con mujer e hijos la peregrinación a Santiago y que, al llegar, “se pusieron a orar y de rodillas ante el bendito cuerpo santo y noble de Santiago, e hicieron grandes ofrendas y hermosas donaciones”¹⁵.

A partir de la segunda mitad del siglo XIV, ciertos peregrinos pusieron por escrito su itinerario y, a veces, lo completaron con el recuerdo de sus sentimientos y emociones. Pero no todos los peregrinos del siglo XV que visitaron el santuario apostólico de Galicia nos dejaron un testimonio detallado de su viaje ni aclararon sus motivos. En 1417, el caballero Nompár de Caumont, así como en 1428 el alemán de Nuremberg Peter Rieter, dieron simplemente cuenta de que partieron para Santiago y de la ruta que siguieron¹⁶.

En cambio la inglesa Margery Kempe fue más prolija ya que cuenta que recibió “Interiormente la orden de Nuestro Señor de ir a Roma, a Jerusalén y a Santiago de Compostela”. Tras efectuar un viaje a Tierra Santa y otro a Roma donde residió un tiempo, “deseaba, si así lo quería Dios, ver Santiago antes de morir y, por amor del Señor, soportar otras humillaciones, según la promesa que Él le había hecho”. Cuando por fin, en el Año Santo 1417, después de grandes

¹³ VAUCHEZ, André, “La sainteté laïque au XIII^e siècle. La vie du bienheureux Facio de Cremona (vers 1196-1272)”, *Mélanges de l'École française de Rome. Moyen-Âge, Temps modernes*, 84/1, 1972, pp. 13-53.

¹⁴ GAIFFIER, Baudoin de, “Vita Beati Raimundi Lulli”, *Analecta Bollandiana*, XLVIII, 1930, pp. 130-179; *Acta et processus canonizationis Beate Birgitte*, ed. por Isaac COLLIJN, Uppsala, 1924-1931, p. 79, cit. por ALMAZÁN, Vicente, “Santa Brígida de Suecia peregrina a Santiago, Roma y Jerusalén”, en CAUCCI VON SAUCKEN, Paolo (ed.), *Santiago, Roma, Jerusalén. Actas del III Congreso Internacional de Estudios Jacobeos*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999, pp. 13-27.

¹⁵ *Chroniques de Froissart, Livre III*, Collection des Chroniques Nationales Françaises, t. x, ed. por J. A. BUCHON, Paris, 1825, p. 149.

¹⁶ RUCQUOI, Adeline, MICHAUD-FRÉJAVILLE, Françoise & PICONE, Philippe, *Le Voyage à Compostelle. Du X^e au XX^e siècle*, Paris, Laffont, 2018, pp. 105-111 (Nompár de Caumont); HERBERS, Klaus & PLÖTZ, Robert, *Caminaron a Santiago. Relatos de peregrinaciones «al fin del mundo»*, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1999, pp. 72-73 (Peter Rieter).

obstáculos consiguió llegar al santuario en Galicia donde pasó catorce días, “sintió muchas cosas tanto en su cuerpo como en su alma: muchas grandes lágrimas al recordar la pasión de Nuestro Señor, y abundante llanto por compasión”¹⁷.

Margery Kempe deseaba ir a Santiago y, quizás por ser mujer, su biógrafo dejó constancia de sus lágrimas. Pero la devoción dejaba paulatinamente paso a otros motivos. El patricio de Augsburgo Sebastian Ilsung en 1446 y el clérigo de Brescia Virgilio Bornati en los años 1451 y 1459 confesaron tener como primer objetivo del viaje que emprendieron, en palabras del segundo, “*il desiderio di conoscere il mondo al fine di ritornare doctior in patria*”. Sin embargo la fe no estaba ausente y estos viajeros visitaron cumplidamente todos los santuarios que jalonaban sus itinerarios, señalaron su asistencia a vísperas y misas, pero no le concedieron a la basílica apostólica un interés especial. Virgilio Bornati no dedica más palabras a la meta de su viaje que: “Santiago de Galicia, en la ciudad de Compostela, del reino de Castilla”, meta que abandonó a las pocas horas de llegar¹⁸.

El intelectual inglés William Wey, que fue a Santiago el Año jubilar de 1456, explicó en su relato que “por inspiración divina” emprendió “el camino de peregrinación a Santiago de Compostela en España”, pero pasó muy pocos días en la ciudad y sólo dejó una desapasionada descripción de lo que vio¹⁹.

La tumba del Apóstol se convirtió para algunos en una curiosidad más que visitar en la Península, en particular en el “tour” que realizaban los jóvenes nobles para participar en torneos y en la guerra contra los moros. Así, el caballero Jorge de Ehingen en 1457 resume en una frase: “Nos dirigimos a través del reino de España pasando por distintas grandes ciudades, Burgos y otras, hasta Santiago”, antes de explicar que tuvieron que vender sus caballos porque “el camino es verdaderamente muy largo”. En 1462, Sebald Rieter, hijo de Peter, salió como su padre de Nuremburgo y, entre otros muchos lugares, estuvo ocho días en Santiago donde colgó su escudo “como suelen hacer los peregrinos de la nobleza; entiéndasenos bien, lo hicimos con la buena intención de que nuestros

¹⁷ MORETA VELAYOS, Salustiano (ed.), *Libro de Margery Kempe: La mujer que se reinventó a sí misma*, Valencia, Universidad de Valencia, 2015.

¹⁸ HERBERS, K. & PLÖTZ, R., *Caminaron a Santiago* [...], op. cit., pp. 81-94 (Sebastian Ilsung); FERRAGLIO, Ennio, “Santuari e devotione nel Diario di Virgilio Bornati, sec. XV”, *Brixia sacra*, n° 3-4, 2001, pp. 229- 258 (Virgilio Bornati).

¹⁹ VÁZQUEZ DE PARGA, L., LACARRA, J. M. & URÍA RÍU, J., *Las peregrinaciones a* [...], op. cit., vol. III, n° 85, pp. 127-132.

descendientes se acuerden de los santos lugares y deseen dirigirse a ellos”²⁰.

El escriba Francesco Piccardi, en 1472, redactó en versos un Itinerario para los peregrinos desde Florencia hasta Compostela. Lo empezó Invocando a Dios y a la Virgen y aconsejando al peregrino que “acerque primero su alma al cielo”, que deje a su familia y su oficio, olvide sus negocios, abandone sus bienes y cuente sólo con el Señor Santiago. Le indicó todas las virtudes que debían de ser suyas durante el viaje -humildad, caridad, perdón, paciencia, mansedumbre- y dirigió una larga oración al apóstol. Tras recorrer las etapas del viaje, el peregrino llega al final de la ruta:

El monte del gozo alcanzas llorando,
Hacia la iglesia del barón te encaminas:
Te Deum laudamus vas cantando,
Ésta y otras oraciones dirás,
Contemplando a Dios el perdón ganarás.

Sigue otra larga oración a Santiago, pidiéndole al final:

Que nadie contradiga, durante la vuelta
Tus preceptos inscritos en nosotros,
Que no aparezca en nosotros debilidad alguna.
Ya que nos hiciste seguros del perdón,
Que así el verdadero viaje en nosotros se manifieste:
Nos despedimos de todos los bienes inútiles.
O padre, o barón, te dejamos.
Denos el valor de dar el primer paso y todos los demás²¹.

389

Francesco Piccardi propone así a su lector, al futuro peregrino, un viaje de devoción hacia el santuario del Apóstol donde se espera también el perdón de los pecados. Pero, fuera quizás de las lágrimas de agradecimiento al alcanzar la meta, no sabemos cuál fue su propia experiencia y qué experimentó al recorrer los lugares que describe.

Jehan de Tournai en 1488, después de haber visitado Jerusalén y Tierra Santa y de haber pasado por Roma, se separó de sus paisanos de Valenciennes que volvían a sus hogares y se encaminó hacia Santiago. Visitó de paso los grandes santuarios de su ruta y, al igual que Jorge de Ehingen treinta años antes,

²⁰ HERBERS, K. & PLÖTZ, R., *Caminaron a Santiago* [...], op. cit., p. 101 (Jorge de Ehingen) y pp. 76-80 (Sebald Rieter).

²¹ Paris, BnF, ms. it. 900-8773, fol. 100-111; RUCQUOI, A., MICHAUD-FRÉJAVILLE, F. & PICONE, P., *Le Voyage à Compostelle* [...], op. cit., pp. 188-207.

describe un camino difícil en España, donde encontró pocos albergues. Se sorprendió de que en ellas no hubiera letrinas, no se sirvieran comidas, de que se solía compartir una misma copa y que, más de una vez, en vez de “una cama de buenas plumas” tuvo que dormir sobre algo de paja. Pese a las dificultades de la ruta, Jehan de Tournai, al llegar a Santiago, fue a la catedral, se confesó, recibió “el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, loándolo y agradeciéndole los favores y las gracias que me había concedido de haber cumplido con los tres santos viajes”. Fue luego a darle el abrazo al santo. Pasó sólo una noche en Santiago, y antes de partir volvió a la iglesia y recorrió Compostela que le pareció “una ciudad bien pobre y muy sucia, como todo el país”. Esta fue su experiencia del camino a Santiago, que al ir le hizo pasar por Oviedo desde León, y, a la vuelta, seguir el Camino francés²².

En 1493, después de mil peripecias, vividas tanto en Francia desde París como en España a través del País Vasco, el obispo armenio Mártir de Arzendjan llegó finalmente a la tumba de “Santiago, todo santo, glorioso y la luz del mundo”. Allí, dice,

me acerqué a este sepulcro, lo adoré con la cara al suelo, imploré la remisión de mis pecados y de los de mis padres y bienhechores, o sea que cumplí, con gran efusión de lágrimas, lo que era el deseo de mi corazón.

390

Mártir pasó ochenta días en Compostela, indica que pidió la absolución de sus pecados, de los de sus padres y bienhechores, y que se llevó “la bendición de Santiago”. Las penas y dificultades que encontró a lo largo de su viaje, pero también la hospitalidad recibida como la de los hoteleros de San Sebastián, constituyen, como en el caso de Jehan de Tournai, la mayor parte de su relato, aunque el obispo de Arzendjan era un peregrino que, después de visitar la tumba de San Pedro y san Pablo, había ido hasta Colonia para visitar la de los reyes Magos, a Aquisgrán para venerar la camisa de la Virgen, a Besançon donde se guardaba el Santo Sudario, y desde París se encaminó hacia Galicia²³.

El médico alemán Jerónimo Münzer no fue a Santiago por motivos especialmente religiosos. Había salido de Nuremberg huyendo de la peste que asolaba la ciudad en agosto de 1494, con tres jóvenes que hablaban italiano y francés. Recorrió el camino habitual de los peregrinos alemanes por Constanza,

²² *Ibidem*, pp. 220-274.

²³ SAINT-MARTIN, M. J. (ed.), *Relation d'un voyage fait en Europe et dans l'Océan atlantique, à la fin du XV^e siècle, sous le règne de Charles VIII par Martyr, Évêque d'Arzendjan*, Paris, Librairie Orientale, 1827; *Relato del viaje por Europa del Obispo armenio Mártir (1489-1496)*, Logroño, Universidad de La Rioja, 2009.

Zurich, Einsiedeln, Berna, Friburgo, Lausana, Ginebra, Lyon, Vienne, Valence, Pont-Saint-Esprit y Aviñón. De ahí fue a Saint-Maximin, luego a Marsella, Arles, Saint-Gilles, Lunel, Montpellier, Narbona y entró en el Rosellón. Sus pasos le llevaron luego por Barcelona, Montserrat, Valencia, Murcia, Almería, Granada, Málaga, Sevilla, Évora, Lisboa, Santarem, Tomar, Coimbra, Oporto, Barcelos, Valença do Miño hasta entrar otra vez en España por Tuy. Münzer sólo pasó tres días en Barcelona, otros tres en Granada, cuatro en Sevilla, ocho en Évora y cinco en Santiago. Su descripción de la ciudad es la de un viajero curioso y erudito - después de mencionar el *botafumeiro*, copió parte de la *Historia Turpini* conservada en el archivo catedralicio-, y quizás también de un informador del emperador. Dedicó muchas más páginas a Saint-Maximin o al monasterio de Guadalupe que a la basílica compostelana. En ésta, observó que había muy poca devoción porque la gente gritaba en las iglesias, y señaló que no se veía el cuerpo del Apóstol y que “lo creemos solamente por la fe, que es la que nos salva a los hombres”. En ningún momento expresó sentimientos personales o evocó los ritos que cumpliera²⁴.

Otro alemán aventurero, el joven noble Arnold von Harff, en 1496, emprendió peregrinaciones a diversos lugares. Visitó Roma, Egipto y Tierra Santa y, desde Venecia, se puso en camino hacia Compostela que alcanzó en 1498 siguiendo, en España, el Camino francés. Señala en su relato que la justicia en España es muy severa, y se queja de los albergues:

391

Los albergues son tétricos. Lo que quieras adquirir para comer y beber, tienes que comprarlo todo en la calle. Además también tienes que pagar aparte los bancos, las sillas y los manteles que se te ponen, así como las sábanas de la cama. *Summa summorum* es España un país peor que el que yo experimenté en Turquía con mi fe cristiana, en el que se trata a las personas con menos desconsideración que en España.

Su estancia en Santiago fue breve y no parece haberle dado mayor importancia que a otros santuarios de su largo itinerario. Durante la visita de la basílica, puso en duda que estuviera allí el cuerpo del Apóstol, ya que no había podido verlo y que “muchos dicen que está en Toulouse”. No hizo alusión a ritos o

²⁴ MÜNZER, Hieronymus, *Itinerarium*, ed. por HERBERS, Klaus, Wiesbaden, Harrassowitz Verlag, 2020; MÜNZER, Jerónimo, *Viaje por España y Portugal (1494-1495)*, ed. por ALBA, Ramón, Polítemo, 2002; HERBERS, K. & PLÖTZ, R., *Caminaron a Santiago [...]*, op. cit., pp. 139-154.

gestos personales de devoción²⁵.

A partir de mediados del siglo XV, en varios relatos, el viaje a Santiago de Compostela no parece deberse a una devoción especial o suscitar en el visitante sentimientos particulares. Fue una etapa más en el viaje de los negociantes Eustache Delafosse de Tournai en 1481 y Lukas Rem de Augsburgo en 1508. Incluso el rico Sebald Örtel de Nuremberg, que anunciaba en agosto de 1521 que salía de su ciudad “a caballo en dirección a Santiago”, una vez en Santiago sólo menciona que comulgó, visitó el hospital y dió limosna a varios pobres²⁶.

En 1523, Pandolfo Nassino de Brescia cuenta que se puso en camino “hacia el apóstol Santiago el Mayor en Galicia, por devoción, con un compatriota de Brescia, Angelo di Bolderi”, aunque sabemos por su relato que no llegó más allá de Toulouse²⁷.

Unos años después, en 1531, el capitán Heinrich Schönbrunner partió de Zug, en Suiza, para poner en práctica su “decisión de realizar una peregrinación al apóstol y príncipe celestial Santiago”. Pasó por París, fue en barco por el Loira entre Orléans y Tours, y embarcó en La Rochela hasta La Coruña. Aparte de señalar un susto que tuvieron en el puerto de La Rochela, Schönbrunner no comenta sus impresiones del viaje. Pero al llegar a Compostela, describe la alegría que sintió, “y yo pienso que todo aquél que esté en disposición de alcanzar esta meta en una peregrinación, desbordando alegría tendrá la sensación de estar en su casa”. El capitán y sus compañeros sólo pasaron dos días en la ciudad, pero antes de marcharse oyeron misa y “dimos las gracias a Santiago”. Heinrich Schönbrunner termina su relato, una vez vuelto a su casa, escribiendo:

De esta forma habíamos realizado la peregrinación en once semanas y tres días.
Gloria sea dada por ello por los siglos de los siglos a Dios todopoderoso por
intercesión del apóstol Santiago. Amén²⁸.

La devoción y la curiosidad fueron los dos motivos de la partida, en 1539, del veneciano Bartolomeo Fontana que aclaraba al inicio de su relato:

²⁵ GROOTE, E. von (her.), *Die Pilgerfahrt des Ritters Arnold von Harff [...] in des Jahren 1496-1499*, Cologne, Haberle-Lempertz, 1860; RUCQUOI, A., MICHAUD-FRÉJAVILLE, F. & PICONE, P., *Le Voyage à Compostelle [...]*, op. cit., pp. 327-328.

²⁶ ESCUDIER, Denis (ed.), *Voyage d'Eustache Delafosse sur la côte de Guinée, au Portugal et en Espagne (1479-1481)*, Paris, Éditions Chandeigne (Collection Magellane), 1992; HERBERS, K. & PLÖTZ, R., *Caminaron a Santiago [...]*, op. cit., pp. 232-237 (Lukas Rem) y pp. 238-250 (Sebald Örtel).

²⁷ FERRAGLIO, E., “Il viaggio di Bressa [...]”, op. cit., pp. 265-280.

²⁸ HERBERS, K. & PLÖTZ, R., *Caminaron a Santiago [...]*, op. cit., pp. 251-257.

Deseando ir a visitar muchos lugares de devoción y las innumerables reliquias de aquellos que descansan en el Señor Jesús, y también de ver diversos y extraños países del universo, tomé la decisión, en el año de la Encarnación de Nuestro Señor de 1538 [1539], de ir a la famosa Galicia; tras haberme puesto la capa y el sombrero en la cabeza y tomado el bordón, me hice peregrino y me fui²⁹.

Fontana apuntó con todo detalle las etapas del viaje que hizo en parte por mar y en parte por tierra, y no olvidó la lluvia, el viento, las montañas y las “hermosas regiones”, los bosques y sus árboles, las tormentas, la nieve, las noches en hospitales o al raso, los monumentos y la gente de las regiones atravesadas. Es el primero de entre los peregrinos que dejaron un relato de su viaje que parece haber sido sensible a la naturaleza, los paisajes, los edificios y los habitantes que encontró a su paso. Estuvo tres días en Santiago donde, tras describir la catedral y evocar la visita a las reliquias, señaló que se confesó a un sacerdote de Venecia y que comulgó el día siguiente. Fontana volvió a su patria visitando más lugares y termina su relato diciendo:

Así pues, por la gracia de Dios, llegado a esta muy gran ciudad [Venecia], mi patria, tras largas y difíciles peregrinaciones, me dispongo a terminar el camino y a descansar el resto de mi vida, encomendándome sin embargo a Aquél de quien provienen toda nuestra quietud y nuestro bien, a quien sean la gloria y el honor por los siglos de los siglos³⁰.

393

Un siglo después, en 1654, el austriaco Christoph Gunzinger, miembro del cabildo de Wiener Neustadt, emprendió una peregrinación a Santiago de Compostela, porque, escribió:

Un día un peregrino de Santiago le dio a mi querida madre una concha de peregrino. Teniendo yo más o menos seis años, tuve una enfermedad febril y como no tenía a mi alcance ningún remedio natural, mi madre me dió para beber agua pura en esa misma concha. En el instante desapareció la fiebre y la enfermedad. Luego me vino el deseo irrefrenable de ir un día a Compostela para encontrarle a Santiago, mi verdadero intercesor ante Dios, y presentarle

²⁹ FUCELLI, Antonietta, *L'Itinerario di Bartolomeo Fontana*, Perugia, Università degli studi di Perugia, Ed. scientifiche italiane, 1987.

³⁰ *Ibidem*.

mis agradecimientos³¹.

El sacerdote boloñés Domenico Laffi viajó a Santiago de Compostela cuatro o cinco veces entre 1663 y 1680. Indicó así varios itinerarios para llegar a Galicia, y dejó constancia de la inseguridad generalizada a lo largo de la ruta. Confesó, en el prólogo del relato publicado en 1681 que no supo muy bien si le había movido más “la curiosidad de ver cosas nuevas o el espíritu de devoción hacia el glorioso apóstol Santiago”, pero reconoció enseguida que, “gracias al cielo, mis esperanzas fueron colmadas hasta tal punto que, fuerte de la felicidad de la primera vez, volví una segunda y una tercera vez”³².

Cuando el franciscano boloñés Gian Lorenzo Buonafede Vanti pudo por fin abandonar su convento de Castel San Pietro en 1717, año jubilar, para ir a Santiago, hacía veinte años, según declaró, que deseaba hacer la peregrinación. Llegó a la ciudad del Apóstol desde Padrón y cuenta que,

llegados arriba de una colina, vimos la ciudad de Compostela; y, allí, tras lanzar un gran grito de alegría por haber finalmente alcanzado la meta tan deseada y haber cruzado el mar tempestuoso, los montes y las colinas, caí de rodillas y entoné el *Te Deum laudamus*, para dar gracias a mi santo y glorioso apóstol Santiago.

394

Buonafede fue directamente hacia la basílica del Apóstol, llena por ser Año Santo, y “arrodillado ante su altar, bajo el cual está él colocado, con lágrimas y sollozos lo adoré así, y cualquiera podía comprobar la gran felicidad que tenía en mi corazón”. Pasó un mes en Santiago, cumplió con el rito del abrazo, volvió muchas veces a la catedral, donde “besé la estatua de Santiago con agradecimiento a la Divina Majestad, con sollozos y lágrimas, lo que me ocurrió casi siempre ante su santo altar, por la alegría de mi corazón por haber venido a ese gran santuario, después de desearlo durante tanto tiempo”. Alojado en el convento de San Francisco, Buonafede Vanti pudo decir misa casi todos los días en el altar de la Magdalena de la catedral, donde también señala que asistió a vísperas, y que dió más de una vez el abrazo al santo. Tras una visita a Muxía y Finisterre, Vanti volvió a Santiago, y reanudó sus visitas diarias a Santiago para darle el abrazo y sus misas en la catedral. El 31 de agosto, se despidió de Santiago de Compostela y,

³¹ WENDLING, Gottfried, “Zur Spiritualität in 17. Jahrhundert. Christoph Guzingers Pilgerbericht nach Santiago de Compostella aus dem Jahre 1655”, *Jakobus Studien* 5, Tübinga, 1993.

³² LAFFI, Domenico, *Viaggio in Ponente /a San/ Giacomo/ di Galitia /e Finisterrae*, Bologna, presso Gio Batt. Ferroni, 1673.

a la tarde, acudí a mi glorioso Santiago, y ante él no pude retener mis lágrimas y mis llantos, ya que nunca más volveré a este santuario, con además, por gracia divina, el beneficio de un mes entero³³.

Si la experiencia de Buonafede Vanti fue la de un peregrino motivado por la fe y cumplió de sobra sus expectativas, en cambio, el carmelita de la región de Ancona que salió también ese año de 1717 hacia Galicia, Giacomo Antonio Naia, no facilita ningún motivo de su viaje y, de hecho, sólo llegó a Santiago después del fin de jubileo, el 2 de febrero del año siguiente. Pasó cuatro días en la ciudad, menciona que se confesó con un canónigo penitenciario italiano, que celebró tres veces misa en un altar de la catedral, describe el templo e insiste en que tuvo que pagar por la lista de las reliquias y por el certificado de peregrinación. En ningún momento desvela sus propios sentimientos o las emociones que pudo experimentar³⁴.

En 1722, pese a la epidemia de peste que había empezado el año anterior en Marsella, Antoine Rives dejó el Rosellón para ir a Santiago. No explica los motivos de su viaje pero su empeño en ir ese Año jubilar, que le hizo escoger un camino por Francia para evitar la cuarentena al entrar por Cataluña, permite conjeturar que lo hizo por motivos religiosos. Al llegar a la meta, exclama:

¿Quién podrá decir la alegría con la que yo entré para venerar las reliquias del gran apóstol Santiago? Me confesé y comulgé los tres días de descanso que allí tomé, y visité el Hospital [de los Reyes Católicos] (...) prudentemente gobernado por unos canónigos regulares, entre los cuales conocí a uno que era de la nación de Francia para confesar a los enfermos y los peregrinos de Francia.

Antoine Rives añade que era un Año Santo, año en que “se gana una indulgencia plenaria entrando por la Puerta Santa para honrar las reliquias del santo patrón de España, tras confesarse y comulgar, visitando la iglesia varias veces mientras se recita el *Pater noster*”³⁵.

³³ VANTI, Gian-Lorenzo Buonafede, *Viaggio Occidentale a S. Giacomo di Galizia, Nostra Signora Della Barca e Finis Terrae (1717-1718)*, ed. por TAMBURLINI, Guido, Trieste, Edizioni Università di Trieste, 2004.

³⁴ STOPANI, Renato, *Il peregrinaggio a Santiago di Compostella di Fra Giacomo Naia (1717-1719)*, Firenze, Le Lettere, 1997.

³⁵ Perpignan, Archives Départementales des Pyrénées Orientales, Ms. 167 EDT 212 fols. 142v-145 ; RUCQUOI, A., MICHAUD-FRÉJAVILLE, F. & PICONE, P., *Le Voyage à Compostelle [...]*, op. cit., pp. 921-928.

El encuentro con unos peregrinos que volvían de su viaje a la abadía de San Claudio en el Franco Condado impulsó a Guillaume Manier y dos compañeros suyos a “hacer un viaje más largo”. Salieron de Carlepont en Picardía en agosto de 1726 y siguieron la vía *Turonense*. Entraron en la ciudad del Apóstol el 1 de noviembre y, escribe Manier, “fuimos a la catedral, que es de Santiago, para dar gracias a Dios por habernos concedido la gracia de haber hecho el viaje con salud. Allí oímos misa”. El día siguiente, se confesaron con un sacerdote francés en el Hospital, fueron a la catedral, comulgaron en “la capilla de los franceses, llamada capilla de San Luis” y recibieron su certificado de viaje y de comunión. Dedicaron el día 3 a visitar la ciudad y Guillaume Manier hace una larga y detallada descripción de la catedral. Al día siguiente, oyeron misa y, a las 2 de la tarde, emprendieron el viaje de vuelta hacia Oviedo. Redactado diez años después de su final, el relato no incluye menciones de sentimientos, emociones, motivaciones o reflexiones personales y, en cambio, sí copias de descripciones de ciudades sacadas de otros autores. Manier fue a Santiago para viajar, instruirse, conocer otras lenguas y otra gente, o quizás simplemente para escapar del aburrimiento de su existencia en una pequeña ciudad picarda³⁶.

Fueron también peregrinos “que venían de Santiago de Galicia, que me contaron muchas cosas hermosas de su viaje y muchas otras curiosidades del mundo”, los que animaron al melfitano Nicolò Albani de 28 años de edad a hacer a su vez el viaje, pese a la peste en Mesina y a las guerras en Italia. Sus motivaciones y su viaje contrastan radicalmente con los de Guillaume Manier. Provisto de sus pasaportes y documentos que lo acreditaban como peregrino, “confiando totalmente en Dios” y habiendo “elegido a Santiago como protector”, vendió sus bienes, se despojó de sus vestimentas, recibió en la iglesia de Santiago de los Españoles de Nápoles el hábito de peregrino y se puso en marcha el 11 de junio de 1743. Albani visitó iglesias y santuarios, se confesó y comulgó a menudo, dió gracias a Dios, a la Virgen y a Santiago cuando escapaba de algún peligro. El 25 de noviembre, llegó a Santiago y, en su relato, no teme expresar sus emociones:

Casi dos millas antes de llegar a la ciudad comencé a ver los campanarios, e inmediatamente me puse de rodillas y besé la tierra mil veces, me descalce enteramente, cantando la santa letanía, avanzando con prisas a pie hacia la ciudad.

³⁶ IÑARREA LAS HERAS, Ignacio, “El *Voyage d’Espagne* de Guillaume Manier (1736) o la peregrinación jacobea como excusa”, *Revista de Filología*, 24, abril 2006, pp. 153-165; BOURLÈS, Jean-Claude, *Un paysan picard à Saint-Jacques-de-Compostelle (1726-1727)*, París, Éditions Payot & Rivages, 2002.

En la puerta de entrada de la ciudad preguntó por la iglesia,

y llegando allí con la ayuda del Santísimo, entré enseguida y se me iluminaron el corazón y la mente, teniendo la impresión de haber entrado en el cielo, que me temblaban las piernas y todo el cuerpo y la cabeza me daba vueltas, los ojos miraban aquí y allá para encontrar la misteriosa capilla del glorioso santo y, al encontrarme la capilla mayor, hice inmediatamente una genuflexión y, con la cara en el suelo, daba las gracias como era mi deber por tantas mercedes particulares que se me hicieron en mi viaje, por hacerme digno de llegar y visitar felizmente su santuario, y no digo por protegerme con su gracia durante todo mi viaje.

Nicolà Albani es indudablemente el que vivió su “camino” como una experiencia. Y una experiencia que no fue agradable. Señala que salió en la época más calurosa del año, en tiempos de peste y guerras, que no tuvo más que problemas, por los militares, la orografía, el hambre, la sed, el mal dormir y la mayor parte de las veces al raso, que padeció por llevar mucho peso, hacer larguísimas jornadas, ayunar a pan y agua dos veces a la semana, y por correr riesgos por los ladrones y otros obstáculos que se encontró. Lo resumió escribiendo:

397

se puede decir que de Nápoles hasta Santiago fue siempre para mí un viaje de grandes sufrimientos y lleno de desgracias, que quería estar muerto en mil lugares a causa de las persecuciones. Pero por la omnipotencia de Dios misericordioso, y la ayuda de la Virgen santísima, y con la protección de mi glorioso Santiago, llegué felizmente y fui liberado de todas las desgracias que pudiesen haberme sucedido.

A pesar de una experiencia tan difícil, Albani añade que estuvo horas en la iglesia, “adorando y dando gracias” a Santiago. Explica que tuvo que salir porque no le permitían estar más tiempo, que si no “habría estado toda la noche, que mi corazón no me empujaba a marcharme”. Advierte que las gracias que dió al Apóstol lo fueron tanto por él como “por devoción de tantas otras personas devotas que se encomendaron a mí por devoción del dicho santo desde Nápoles y durante el viaje”.

Albani pasó en la catedral la mayor parte de su tiempo en Santiago, reflexionó sobre su “desorientada vida”, hizo con un sacerdote napolitano una confesión que duró más de cuatro horas, comulgó y salió “tan ligero como si acabase de nacer”. La descripción de la iglesia compostelana y de la ciudad sigue la parte devocional, aunque en todas las visitas que hizo desde su llegada tomará

notas por escrito “minuciosamente”. Nicolà Albani estuvo casi tres semanas en Santiago, celebró por todo lo alto el día de su santo y se confesó de nuevo el 8 de diciembre.

Tras diez meses en Lisboa, el sentimiento religioso empujó de nuevo a Albani a volver a Santiago “debido a que, con el año 1745, comenzaba el Año Santo en Santiago de Galicia, semejante al Año Santo en Roma”, y que valía la pena “ir allí de nuevo para ganar una gran multitud de indulgencias”. Llegó a Compostela a finales del mes de marzo y describe tanto las “maravillas” de la Puerta Santa, como las muchas reliquias expuestas, la cantidad de peregrinos “de toda España, Portugal, Francia, Alemania y de tantas otras naciones”, los seiscientos confesores, y las puertas de la iglesia abiertas día y noche. Se volvió a confesar largamente al mismo confesor que ya había tenido, comulgó y cuenta un hermoso encuentro, en la catedral, con unos compatriotas napolitanos.

Albani volvió a Lisboa, embarcó hacia Livorno y de allí, por tierra, visitando ciudades y santuarios, llegó finalmente a Nápoles. No saca conclusiones ya de su viaje, pero apunta que allí fue objeto de envidia y se justifica diciendo que

se puede decir que hice un viaje siempre con sufrimientos y obstáculos, tanto de pases como de asesinos y de otros muchos males encontrados, y a decir verdad no sé cómo estoy vivo. Estoy vivo porque fui siempre ayudado por el Padre Eterno y Dios Todopoderoso, esto se debe a que siempre confié en Dios³⁷.

El futuro clérigo francés Jean de Bonnecaze, en su autobiografía escrita en 1777, relata brevemente la peregrinación que hizo en 1748. Inicia su relato señalando: “Tomé la decisión de ir a estudiar a España; y para conseguir mi propósito, tomé el pretexto de ir a Santiago de Compostela”. Pese a la oposición de sus padres, escapó de un pueblo cerca de Pau sin pasaporte ni dinero con tres compañeros que tenían el mismo propósito. Señala que en camino sufrió hambre, frío, enfermedades, noches al raso, y el abandono de sus socios, pero que llegó a Santiago donde se confesó, comulgó y obtuvo su “pasaporte”. Bonnecaze se explaya de nuevo contando sus penas durante el viaje de vuelta y no facilita indicios de sus sentimientos o pensamientos como peregrino. Sin embargo, quizás haya que ver en el hecho de que doce años más tarde se

³⁷ ALBANI, Nicola, *Viaxe de Nápoles a Santiago de Galicia*, trad. en gallego, Santiago de Compostela, Xacobeo, 2007.

ordenara sacerdote una consecuencia de su visita al Apóstol³⁸.

Cuarenta años después, en 1789, un paisano de Bonnacaze redactó un simple itinerario para un amigo suyo que quería ir a Santiago. Jean-Pierre Racq indica las etapas con la distancia entre ellas y da pocos detalles más. Sin embargo, al llegar a Santiago, hace una advertencia que muestra que el viaje tiene fines religiosos:

Llegado a Santiago rece a Dios por todos los pecadores y en particular por el que escribió esta ruta. Estando en la iglesia de Santiago hay que confesarse con los sacerdotes franceses, con uno u otro de los dos que allí están; el sacerdote dará un certificado a cada uno, y con este certificado se os dará la santa comunión en la capilla del rey de Francia que se encuentra a mano izquierda de la iglesia, y después de recibida la santa comunión se os dará la memoria de las santas reliquias a las ocho de la mañana, todo ello sin pagar³⁹.

En el siglo XIX, después de los estragos causados por la Revolución Francesa, la Guerra de Independencia y las políticas de desamortización, los viajeros que se acercaron a Santiago fueron mayormente miembros del clero o católicos fervientes. El romanticismo de la primera mitad del siglo, que puso la Edad Media de moda, y la secularización de la cultura europea, que desembocó en el positivismo, tiñeron la devoción de una nostálgica evocación del pasado. Los peregrinos que acudieron al santuario de Galicia escogieron el tren -en Portugal hasta Valença do Miño- o la diligencia, llegaron a veces por mar y describieron un “camino” difícil. Pero su deseo de llegar a la meta se traduce en una profunda emoción al llegar.

En 1860, el sacerdote de Burdeos Jean-Baptiste Pardiac se propuso hacer “una odisea cristiana” y, lleno de sus lecturas sobre la historia, la Edad Media y los antiguos peregrinos, fue por mar hasta Oporto. De allí se encaminó hacia Galicia. Su peregrinación se realizó tanto en el espacio como en el tiempo y, al llegar cerca de la ciudad, exclamó:

Compostela aparece en la lejanía; no es un espejismo engañoso, es una realidad consoladora. ¡Salve ciudad querida! Aún no he recorrido tus calles, no he visitado tus monumentos, pero eres ya más bella ante mis ojos que tantas espléndidas capitales. Una tumba me atrae dentro de tus muros; a la sombra de esa tumba es donde quiero rezar. ¡Cuántos otros lo hicieron antes que yo!.

³⁸ HARISTOY, Pierre, *Pèlerinage de Saint Jacques de Compostelle*, Pau, Imprimerie Catholique, G. Lescher-Moutoué, 1900, pp. 61-66.

³⁹ BLÁZQUEZ, Adrián & DESPLATS, Christian, *Voyage de deux pèlerins à Compostelle au XVIII^e siècle*, Morlaàs, Cairn Eds., 2001.

Para sus lectores, Pardiac dedica los doce capítulos siguientes a la historia de Santiago y de la peregrinación. Tras contar su origen, desarrollo y decadencia, vuelve sobre la profundidad histórica:

Cada generación de peregrino vino, ante nuestros ojos, para prosternarse ante este sepulcro, uno de los más venerados de la Catolicidad. Hemos contemplado sus piadosas lágrimas, nos han conmovido sus suspiros, y hemos mezclado nuestras oraciones con sus ardientes oraciones.

En un capítulo dedicado a la influencia de la peregrinación en el arte cristiano, el sacerdote de Burdeos ofrece la historia de la catedral del apóstol y la describe extensamente, antes de concluir: “Compostela, hogar del culto de Santiago, posee por lo tanto la iglesia y los monumentos más señeros que haya engendrado el arte cristiano en pro de ese gran apóstol”. Y Pardiac acaba su librito expresando su deseo de que vuelvan a existir las peregrinaciones de antaño⁴⁰.

Estando en Andalucía, la condesa belga Juliette de Robersart quiso ir a Santiago pese a las advertencias de sus amigos de que no fuera porque el viaje era muy difícil. En las cartas que envió a una amiga suya, escribe, el 11 de abril de 1877:

¡Que vivan Dios y Santiago! Estoy viva, amarilla como el mar de Oporto pero sin cansancio pese a las carretas y los incidentes del viaje. Hemos llegado esta mañana; ya fui a prosternarme a los pies de Santiago en la hermosa catedral. ¡Héme aquí en Santiago! ¡En el campo del cielo, Compostella!

El día siguiente la condesa visitó la basílica con cinco “sabios” y comenta:

El sentimiento de mi imbecilidad frente a ellos, la alegría mística de ver tantas cosas extraordinarias y realmente bellas, hechas por el amor de Dios, la felicidad de haber podido realizar la tercera de las grandes peregrinaciones del mundo (...) me dan fuerzas.

Hace una descripción pormenorizada y entusiasta del templo, lamenta que en el siglo XVII se hayan tapado noventa y dos ventanas y colocado en la nave la sillería del coro, admira el Pórtico de la Gloria, queda maravillada ante el

⁴⁰ PARDIAC, Abbé J.-B., *Histoire de saint Jacques le Majeur et du pèlerinage de Compostelle*, Bordeaux, L. Coderc, 1863; RUCQUOI, A., MICHAUD-FRÉJAVILLE, F. & PICONE, P., *Le Voyage à Compostelle* [...], op.cit., pp. 1066-1086.

presbiterio, da el abrazo al santo exclamando “¡O Santiago, vencedor de Logroño! ¡Ten compasión de España y de Francia; echa de nuevo a los infieles! Lleva con nosotros nuestros dolores”.

A otra de sus amigas, tras la descripción de la iglesia y del abrazo, Juliette de Robersart escribe:

Santiago ganaba batallas; con su aspecto celestial y misterioso dice: ¡Fe y valor, nuestra es la victoria! Creámoslo a pesar de las apariencias; sabemos, nosotros discípulos de Cristo, que no podemos ser vencidos.

Tras cuatro días de intensas visitas y a punto de subirse a una diligencia hacia La Coruña, la condesa fue a visitar de nuevo la catedral y se marchó confesando:

Santiago es una de mis mayores felicidades, una de mis alegrías más grandes, uno de mis entusiasmos españoles. Diez, veinte años no bastarían a un artista para dibujar las maravillas que la religión engendró allí, o a un sabio para conocerlo todo⁴¹.

En 1883, una peregrinación de religiosos franceses -agustinos asuncionistas refugiados en España- emprendió a pie el camino a Santiago desde cerca de Osma. El abad Guillaume Bernard lo cuenta diciendo que recorrieron 1500 km andando, tras una solemne bendición en el Burgo de Osma. En su relato, subraya la acogida brindada a los veinticinco frailes que hicieron el camino, pasando por Palencia, León y Astorga. Al llegar y ver por fin las torres de la catedral, exclamaron todos “¡Viva Santiago!”:

Entonces entonamos el *Laetus*, luego con los brazos extendidos en forma de cruz recitamos un *Pater* y un *Ave* con la invocación *Sancte Iacobe*, y besamos esta tierra donde se arrodillaron antes que nosotros tantos santos peregrinos: *Illuc enim ascenderunt tribus, tribus Domini*; constituyen tribus, los santos que fueron a venerar el sepulcro de Santiago.

La peregrinación dejó huellas en la prensa local y los religiosos peregrinos tuvieron lágrimas en los ojos viendo que se encontraban exiliados de Francia pero tan bien acogidos en Santiago. El cardenal Payá celebró en su honor una misa en

⁴¹ ROBERSART, Comtesse J. de, *Lettres d'Espagne*, nouvelle édition considérablement augmentée, Paris, Watelier : Lille-Bruges, Desclée de Brouwer. 1879, pp. 324-366; RUCQUOI, A., MICHAUD-FRÉJAVILLE, F. & PICONE, P., *Le Voyage à Compostelle* [...], op.cit., pp. 1087-1109.

la catedral, con el *botafumeiro*, y el prior de los agustinos franceses, en su homilía, agradeció el recibimiento. Llegados el 30 de junio, los peregrinos se marcharon el 10 de julio siguiente, para volver por Orense, Salamanca, Zamora, Ávila y Segovia, y el abad Guillaume Bernard cita el artículo del periódico en que se relató la despedida “que proclamó memorable, sorprendente, conmovedora, indescriptible, inolvidable”⁴².

El político y miembro de la Sociedad de Geografía de Lyon, Gabriel-Louis de Saint-Victor, publicó en 1889 las memorias de un largo viaje que lo llevó por toda la Península. Pasó en particular por León, Astorga, Lugo y La Coruña antes de ir a Santiago. Advierte a sus lectores que, tras haber visitado Roma y Jerusalén, se sentía con el deber de ir “a Santiago de Compostela que es realmente mi patrón y que me protegió a lo largo de mi vida nómada”. Al igual que sus predecesores, Saint-Victor mezcla la devoción con la nostalgia del pasado:

Antaño nuestros antepasados afrontaban los más duros cansancios, y se exponían a todos los peligros, para hacer piadosamente, una vez en su vida, la peregrinación a Santiago de Compostela. Muy abandonada se encuentra en nuestros días esta devoción; y no se ven ahora más que españoles en la ciudad santa que felizmente posee las reliquias de uno de los doce discípulos del Señor.

402

Por mucho que haya afirmado que su viaje a Galicia “tenía como principal objetivo una visita a la tumba del patrón de los españoles”, y que se felicitara por haber “cumplido con este religioso deber”, Gabriel de Saint-Victor se limita a unas descripciones detalladas de los monumentos visitados, con “explicaciones” históricas y artísticas. Tan sólo al final expresa algo más personal:

Real y profunda es la impresión causada por esas horas pasadas en uno de los santuarios más famosos e imponentes de la Cristiandad; se guarda para siempre su imborrable recuerdo⁴³.

En julio de 1895, André Petitcolin dejó su barco en Carril y cogió el tren para llegar a Santiago, alegrándose de su lentitud que les permitió, a él y a sus compañeros, dice, “preparar nuestra alma antes de entrar” en la ciudad. Era el 24 de julio y asistieron a las festividades del Apóstol. Empezaron su visita por la catedral:

⁴² BERNARD, Guillaume, *Quatre ans en exil à travers l'Espagne, souvenirs, récits, voyages et anecdotes*, Lille, Desclée, de Brouwer, 1894, pp. 81-126.

⁴³ SAINT-VICTOR, Gabriel-Louis de, *Espagne. Souvenirs et impressions de voyage*, Paris, E. Dentu, 1889, pp. 313-326.

Se nubla la mente ante el aspecto de esta basílica, ancha como el mundo, imponente como una creencia. ¿Su edad? ¡No lo tiene! ¿Su estilo? ¡Los reúne todos! Es el resumen de la acumulación de los siglos; cada uno de ellos ha contribuido con una nueva piedra; y sin embargo esta prodigiosa fantasía es una en su conjunto, una como la religión misma, de la que es la espléndida y sublime expresión.

La descripción pormenorizada del edificio incluye, como ya era la costumbre, detalles históricos y apreciaciones artísticas, y los visitantes confiesan:

Salimos de la catedral con la mente pesada, el espíritu cansado por tantas cosas vistas, emociones experimentadas, polvo removido, sin poder recoger nuestros pensamientos, clasificarlos o precisarlos. Tan sólo más tarde, cuando pudimos, en la calma, revivir nuestros recuerdos, tuvimos la impresión de haber asistido a una grandiosa epopeya cuyo héroe era aquel gigante de granito.

Del mismo modo, tras la visita de toda la ciudad, de sus iglesias, monasterios, plazas y monumentos, de sus gentes y de las costumbres que le llama la atención, André Petitcolin concluye:

Santiago nos parece como rodeada con una atmósfera irreal de misticismo, nimbada de la aureola de las bienaventuradas, y, ahora transfigurada, se yergue ante nuestros ojos como la personificación ideal de la creencia católica.

Los filósofos distinguen entre la experiencia “interior”, como profundización de sí mismo, la experiencia “objetiva” como conocimiento del mundo, y la experiencia “práctica” que influye la conducta moral. Dentro de esa perspectiva teórica, se enmarca sin duda la “experiencia” del peregrino actual, tal y como la vivió: se descubre a sí mismo a lo largo de su camino, descubre luego el mundo y a los demás y, al llegar a la meta, comprueba que ha cambiado, que ya no es el mismo. Comparte con sus predecesores esa experiencia. Con diferencias, naturalmente. El interés por la naturaleza, los paisajes o los monumentos, tan presente en los relatos contemporáneos, no consta en los del siglo XV o del XVI. En cambio, el gusto por las reliquias, los tesoros de las iglesias y los milagros, debidamente reseñado por los peregrinos del pasado, hoy en día no atrae la atención del viajero. Diferentes son también las circunstancias materiales de la ruta, aunque el peregrino, provisto de teléfono, guías y mapas, y acogido en albergues propios, se queje a veces de la hospitalidad concedida, al igual que, siglos antes, algunos de sus antepasados se quejaron de la dificultad del camino en España.

Más allá de esas diferencias circunstanciales, el peregrino actual y el peregrino del pasado comparten una experiencia única. En ambos se advierte en primer lugar el deseo de salir de su casa, de dejar a su familia, su vida cotidiana para emprender un camino que le lleve hasta el *finis terrae*. Es el deseo de “otra cosa” de “algo nuevo”, es en resumen la búsqueda de un sentido que darle a la vida. Su camino, ahora como antaño, incluye además una profundidad histórica. Si el peregrino del siglo XIII o XV se alegraba al recorrer el camino abierto por Carlomagno y su ejército -tal y como se lo contaban- y hacía memoria de los milagros de Santiago o de otros santos, el peregrino actual prefiere el Camino de Le Puy en Francia -porque le dijeron que había sido el del obispo Godescalco en el año 950- o el llamado “Camino primitivo” -porque le aseguraron que el propio Alfonso II de Oviedo era su creador-.

El peregrino de hoy quiere poner sus pies en las huellas de sus predecesores. Alcanzar la meta le produce la misma profunda impresión, la misma alegría, el mismo sentimiento de agradecimiento, y suscita en él el deseo de cumplir con los mismos ritos. Al volver a su casa, el peregrino muestra orgullosamente los recuerdos de su viaje. Pero lo que conserva y no siempre comparte con los demás es la transformación interior que experimentó, el verdadero valor de esa experiencia, en el sentido que le da el diccionario: “Alcance de la significación o importancia de una cosa, acción, palabra o frase”.